

Pedro Ángeles Jiménez

“Francisco Jiménez”

p. 721-744

Historiografía mexicana. Volumen II. La creación de una imagen propia. La tradición española
Tomo 2: Historiografía eclesiástica

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo
(coordinación general)

Rosa Camelo y Patricia Escandón
(coordinación del volumen II)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2012

1455 p.

ISBN-13 978-968-36-4992-8 (obra completa)

ISBN-10 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN-13 978-607-02-3388-3 (volumen II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_02_02/historiografia.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



FRANCISCO JIMÉNEZ

PEDRO ÁNGELES JIMÉNEZ*

[...] y no os turbéis porque no sois alquilados por precio, mas antes enviados sin promesa de soldada [...]. A vosotros, pues, hijos míos, doy voces yo, indigno padre, acercándose ya el fin del siglo, que se va envejeciendo, y a vuestras voluntades nuevo y despierto para que defendáis el escuadrón del Alto Rey, que va como de vencida, y ya cuasi huyendo de los enemigos: y emprendiendo la victoriosa pelea del Soberano Triunfador, con palabras y obras prediquéis a los enemigos.

*Amonestaciones de fray Francisco de los
Ángeles a los “primeros doce”¹*

El año de 1524 marcó el inicio de la evangelización sistemática del entonces recién conquistado territorio al que se denominaría Nueva España. Sin soslayar la presencia de religiosos anteriores, entre los que se destacan por su labor el mercedario fray Bartolomé de Olmedo, o los tres flamencos franciscanos Pedro de Gante, Juan de Ayora y Juan de Tecto, es con la misión de los Doce y los amplios poderes otorgados a ellos por las máximas autoridades del imperio español y de Roma, que se inicia la gran empresa de la fundación de la Iglesia en esa región de la tierra recién ganada para la cristiandad... católica.

El cardenal de la Santa Cruz y ministro general de los franciscanos, fray Francisco de los Ángeles, encomendó a fray Martín de Valencia el éxito de tales trabajos. Deseoso de pasar a tierra de misión desde tiempo atrás, fray Martín era para entonces una figura de gran importancia en el ámbito de las reformas de la orden franciscana en España y Portugal. Como seguidor de fray Juan de Guadalupe, colaboró en la consolidación de la provincia de San Gabriel de Extremadura, de la que llegó a ser el primer provincial. La primera biografía de este personaje fue redactada por fray Francisco Jiménez, uno de los Doce, a fines de

* Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM.

¹ Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, México, Cumbre, 1971, t. 2, p. 280.

1536. Es un manuscrito temprano en el que se muestran, detrás de los arrobos, visiones y pasaje de la vida del gran fundador de la orden en Nueva España, algo del proceso de consolidación del franciscano novohispano y los problemas que hubo de enfrentar. Fuente y punto de partida para otras biografías, que elaboraron cronistas franciscanos subsecuentes, es la primera imagen personificada de cómo se concibieron los franciscanos a sí mismos y, al mismo tiempo, su trabajo de evangelización.

Fray Francisco Jiménez: un perfil biográfico

Fray Francisco Jiménez es un personaje prácticamente desconocido. Igual que el resto de los miembros del grupo encabezado por fray Martín de Valencia —y fray Martín mismo—, buena parte de sus datos biográficos continúan en gran parte ignorados. Aun Atanasio López, autor a quien se debe la noticia y primera versión impresa de la *Vida de fray Martín de Valencia escrita por su compañero... fr. Francisco Jiménez*,² se abstuvo de brindar algún dato biográfico de su autor. Valga pues este ensayo, algo más amplio que las pocas líneas que otros autores le han dedicado.³

Fuera de las noticias que proporcionan los principales cronistas franciscanos, poco se conoce de la vida de Francisco Jiménez, a quien se suele atribuir el título de “el décimo” de los doce primeros evangelizadores de Nueva España. Por tener una idea, nadie señala su lugar de origen o la fecha de su nacimiento. Lo único que puede señalarse en torno a la vida de fray Francisco, antes de su ingreso a la orden de los menores, es que estudió derecho canónico, pues según escribe fray Juan de Torquemada: “debió de aprender esta ciencia este venerable varón, en el siglo, antes de tomar el hábito de la sagrada religión franciscana, porque en ella no se lee esta facultad”.⁴

² Fray Atanasio López, O. F. M., “Vida de fray Martín de Valencia escrita por su compañero fray Francisco Jiménez”, *Archivo Ibero-Americano, revista de estudios históricos*, Madrid, año XII, julio-diciembre de 1926, p. 48-83.

³ Véase, por ejemplo, José Mariano Berristáin de Souza, *Biblioteca hispano-americana septentrional ó catálogo y noticia de los literatos, que nacidos, ó educados, ó que florecientes en la América septentrional española han dado a luz algún escrito lo han dexado preparado para la prensa*, 3 v., México, por Alejandro Valdés, 1821, p. 85.

⁴ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana de los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la mesma tierra*, 7 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1983, v. VI, p. 207.

Por otro lado, a las escasas noticias hay que agregar ciertas contradicciones. Algunas crónicas coinciden en señalar a la provincia de San Gabriel de Extremadura como el lugar donde tomó el hábito, sin mencionar en ningún caso el convento específico ni el año de dicho suceso. Así, en el mismo memorial de la provincia de San Gabriel escrito por fray Juan Bautista Moles, se lee que fray Francisco “tomo el abito”, y “professo en esta Provincia de San Gabriel”.⁵

No obstante, resulta fácil poner en duda tal aseveración si se atiende a lo que el mismo Jiménez señala en la *Vida...* de Valencia, justo cuando describe el momento de su primer encuentro con fray Martín: “A los principios que Dios quiso darme a conocer al varón de Dios fue estando en la provincia de Sanctiago en el convento de Salamanca do recibí el habito, y siendo portero del dicho convento, ofreciose yr al dicho varón de Dios [fray Martín de Valencia] de la provincia de sant Gabriel a la de Sanctiago, y fue a Salamanca [...]”.⁶

El descubrimiento de Valencia y la austera forma de vivir la regla franciscana encarnada por su futuro superior debió producir una profunda impresión en Jiménez, tal como más adelante deja entrever:

Y su yda y estada en sant Francisco de Salamanca, si a otros fue provechosa, no menos lo fue a mí indigno e yngrato de tanto bien y merced que entonces Dios me hizo su siervo. Antes que no le viesse y conociese, abía oydo de su sanctidad, y tenia voluntad de pasar a su provincia e verle e ymitarle. Luego que lo vi y conocí, creció en mi más el nuevo deseo, y a mi confusión digo que nuestro dios, sin yo procurarlo, quiso corresponder a mis deseos, y El lo ordenó a su voluntad por su bondad infinita, de tal manera que entonces luego vine a la provincia de sant Gabriel, donde él hera provincial a la sazón, y llegados a la casa y monasterio del Hoyo, donde el varon de Dios abía mucho aprovechado en espíritu los tiempos pasados, me dexo allí por morador.⁷

Encuentro definitivo que entrelazó su vida con la de Valencia. De esta forma, fray Francisco abandonó su provincia de Santiago para incorporarse a la recién formada provincia de San Gabriel, como muchos otros frailes de aquella época deseosos de vivir en la más estricta observancia.⁸

⁵ Fray Juan Bautista Moles, *Memoriales de la provincia de San Gabriel de la orden de los frailes menores de observancia*, Madrid, por Pedro Madrigal, 1592, f. 72.

⁶ Atanasio López, *op. cit.*, p. 55. Las itálicas son mías.

⁷ *Ibid.*, p. 56.

⁸ La reforma observante fue promovida en parte del actual territorio de Portugal y la región española de Extremadura por fray Juan de la Puebla y su discípulo fray Juan de Guadalupe. Fruto de su labor, surgió la Provincia de San Gabriel.

En el convento de Nuestra Señora del Hoyo, Jiménez conviviría con Valencia, a quien más de una vez vio realizar ejemplares disciplinas:

En aquestre mesmo monasterio de sancta María del Hoyo, estando en él el varón de Dios, le fue rrevelado, y vido una cossa que hera en offensa de Dios y mucho perjuicio sino rremediara, y rremedió a gloria de Dios.

Vile una vez, siendo provincial de la provincia de sant Gabriel, que visitó los frailes del sobredicho monasterio del Hoyo, y al tiempo que les quiso tener capitulo, que fue despues de Maytines, pusose de rrodillas en medio del coro, y primero se quiso visitar a sí mesmo y tenerse capítulo de culpas, no tanto por lo que a él tocava ni por mostrarse humilde sino por dar exemplo de humildad a los frailes. Y el varon de Dios, estando asi de rrodillas quitose el habito, y le vimos que traya çiliçio, que nunca se lo quitava, e hizo una disciplina. E tornado a vestir, rreprehendiose a sí mismo de sobervio, y levantose y besó los pies a los frailes, y luego se fue a sentar a su lugar como prelado, y todos los frailes, según es costumbre, dixeron sus culpas [...].⁹

De igual modo, fray Francisco debió conocer por él mismo o de oídas parte del proceso que llevó a Valencia a desear, más que ninguna otra cosa, pasar entre infieles para evangelizarles:

començo [fray Martín de Valencia] a sentir una devocion ynterior y a traer a la memoria la conversión de los ynfieles, y pensando esto en muchos versos y salmos que yban rrezando, hallava entendimiento a este proposito, de mucho gozava su espíritu, y crecía en aquel deseo, especialmente en aquel psalmo que comiença: *Eripe me de iniminis meis*,¹⁰ donde dos vezes se rrepite quel verso que dize: *Convertertur ad esparam et famem patientur ut canes*.¹¹ Y dezía, hablando en su espíritu: “¡O, quando será aquesto, quando se cumplirá esta profecía, quando será este tarde! Por ventura ¿no es ya? ¿no será este tiempo? ¿no sería yo digno de ver este convertimiento, pues ya estamos en las vísperas y fin de nuestros días y en la última edad del mundo?”¹²

Ese deseo, convertido en profecía por la pluma de Jiménez, se vio cumplido cuando en el capítulo de la orden que se llevó a cabo en el convento de Santa María del Berrocal de la villa de Belvis,¹³ Valencia

⁹ Atanasio López, *op. cit.*, p. 59.

¹⁰ Arrebátame de mis enemigos.

¹¹ Se vuelven hacia la tarde y padecerán hambre como los perros.

¹² *Ibid.*, p. 58.

¹³ Iniciando el 4 de octubre de 1523, fiesta de San Francisco. Junto con Valencia, debía venir fray Juan Clapión, confesor de Carlos V, quien finalmente no cumplió su misión pues murió poco después. A los franciscanos se les otorgaron amplios poderes,

fuera designado custodio y prelado de una misión evangelizadora a Nueva España. Como compañeros de Valencia fueron seleccionados fray Martín de la Coruña, fray Francisco de Soto, fray Antonio de Ciudad Rodrigo, fray Toribio de Benavente, fray Juan de Ribas, fray García Cisneros, fray Juan Juárez, fray Luis de Fuensalida, fray Juan de Palos, fray Andrés de Córdova y el mismo fray Francisco Jiménez.

De Belvis, fray Martín de Valencia y sus compañeros pasaron al convento de Sevilla por el 4 o 5 de diciembre de 1523. En este convento residieron hasta aproximadamente el 6 de enero de 1524, y recibieron de su superior, fray Francisco de los Ángeles, las amonestaciones, instrucciones y bendiciones del caso. Posteriormente, los Doce pasaron al puerto de San Lucas de Barrameda, embarcándose rumbo al Nuevo Mundo el día 25 de enero de 1524. Tocarón el puerto de San Juan de Ulúa el 13 de mayo del mismo año, luego de poco más tres meses de penosa travesía.

Ya en Nueva España, Jiménez debió entregarse, igual que sus compañeros, a los muchos trabajos exigidos por la gran empresa que su grupo traía encomendada. Los primeros tiempos de intensa labor los describe en la siguiente forma:

Los primeros siete u ocho meses, él [fray Martín de Valencia] y los rreli-giosos estuvieron de alguna manera con sosiego y començaron a destruir ydolos y a derrocarles sus templos y quemarlos, y todas las ynsignias y rritos del demonio y sus dioses, y algunos, o por ynterpretes o ellos bal-busiendo, començaron a predicar, a veses por escripto y a las veses sin él, ayudándolos el Señor, y el varón de Dios, como prelado de todos, visitava los hermanos de provinçia en provinçia, y aprovechaba a los naturales, según el Señor le ynspiraba y el Espíritu Santo le dava graçia y sabiduría, con que sin saber la lengua, les áprovechava mucho.¹⁴

De conformidad con la experiencia de fray Pedro de Gante, fray Francisco fue uno de los primeros en aprender náhuatl. Escribió un vocabulario y un arte de esa lengua, que Beristáin de Souza cita como un *Arte, vocabulario y catecismo megicanos*;¹⁵ y además redactó algunos

concedidos en las breves papales de León X, del año de 1521, y otra de Adriano VI, a instancias de Carlos V, del año de 1522.

¹⁴ Atanasio López, *op. cit.*, p. 65.

¹⁵ José Mariano Beristáin de Souza, *op. cit.*, v. 3, p. 85. Tal vez el nombre completo de dicha obra se acerque más al de *Arte, vocabulario y Breve Doctrina Christiana en lengua mexicana, por Fray Francisco Ximénez, el primero que redujo a reglas e inventario el idioma nahuatl traducido a el por primera vez el catecismo*, registrado por Irma Contreras García, "Bibliografía catequística mexicana", *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2a. época, n. 1, 1987, p. 182.

papeles sobre “las antigüedades” de los indios, los cuales, por desgracia, sólo se conocen por referencia.

Lo anterior puede fácilmente conducir a pensar que Jiménez fue de los frailes que intentaron llevar una relación muy próxima con la lengua y el mundo indígena, aunque ello sólo fuera para atacar sus *vicios*. Debido a esta razón es posible pensar el motivo por el que fue designado uno de los personajes encargados de examinar “todos los libros y tratados que en esta lengua se habían escrito, y por particular comisión a el hecha”.¹⁶

Como se señaló con anterioridad, fray Francisco fue considerado muy docto en derecho canónico, pese a lo cual en todas las informaciones que de él han quedado, existe la tradición de señalar que no había recibido la orden sacerdotal sino poco tiempo después de haber pasado a Nueva España. “Su humildad fue tanta, que en España no quiso ordenarse de misa, hasta que habiendo de pasar á estas partes se ordenó por la necesidad que para la conversión de los indios había de sacerdotes, y fue el primer sacerdote que cantó *misa nueva* en este nuevo mundo.”¹⁷

Para los franciscanos, los primeros años de labor misional estuvieron marcados por problemas de diversa índole. No sólo hubieron de aprender “la teología que de todo punto ignoró san Agustín” o —según la célebre frase de fray Juan de Tecto—, juntarse en sínodos, dividirse en las jurisdicciones que podían abarcar, caminar grandes distancias a fin de emprender su labor por regiones remotas o poco accesibles, juntar a los hijos de los principales y educarlos como simiente de una probable Iglesia indiana y, en fin, resolver todos los problemas de orden teológico planteados por el sentido mismo de la evangelización a los indígenas. Paralelamente a la definición de su “política indigenista” —en palabras de Lino Gómez Canedo—,¹⁸ los frailes tuvieron que enfrentar a los conquistadores, encomenderos y autoridades civiles españolas, quienes con su régimen compulsivo amedrentaban la planta que era objeto de sacrificios: el indio.

¹⁶ Pedro de Oroz, Gerónimo de Mendieta y Francisco Suárez, *Relación de la descripción de la Provincia del Santo Evangelio que es en las Indias Occidentales que llaman la Nueva España, hecha en el año de 1585 por fray Pedro de Oroz, fr. Gerónimo de Mendieta y fr. Francisco Suárez...*, México, Junípero Serra, 1975, p. 90.

¹⁷ Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, México, Porrúa, 1980, p. 625. Cabe señalar que en la carta con las instrucciones de fray Francisco de los Ángeles a los Doce, cuando se enlistan sus nombres, se habla de él como “Fr. Francisco Ximénez, sacerdote”. Mendieta, *op. cit.*, p. 203.

¹⁸ Lino Gómez Canedo, *Evangelización y conquista. Experiencia franciscana en hispanoamérica*, México, Porrúa, 1977, p. 63 y s.

El inicio del conflicto entre los franciscanos y las autoridades civiles españolas puede remontarse tan tempranamente como la partida de Cortés a Las Hibueras, el 12 de octubre de 1524. Gerónimo de Mendieta escribe al respecto:

Se ofrecieron otras ocasiones en que los que en aquel tiempo gobernaron dieron harto en que merecer a los frailes, los cuales [después que llegaron a México] solo siete u ocho meses tuvieron de sosiego y quietud, por la presencia del capitán y gobernador D. Fernando Cortés que en todo y por todo les daba favor, ayuda y consuelo.¹⁹

En su primera fase, los problemas entre franciscanos y autoridades civiles llegaron a tal punto, que en el año de 1529 los miembros de la Primera Audiencia culparon a la orden de los menores de una conspiración para arrebatárles el gobierno de Nueva España, y en 1530 fray Juan de Zumárraga, en su calidad de obispo, lanzó una interdicción contra la ciudad de México. Este conflicto se halla descrito por Jiménez, no sin pocos detalles:

Una vez el varón de Dios, viendo que por pasión y sin justicia querían justiciar a uno, fue a hablar a la justicia, y en secreto le dixo la justicia que hacía, porque conoció que había pasión, y como ni por eso mudó su voluntad, díxole que había de ser por ello destruydo y perdido. Y bien se ha cumplido que, después de carçeles de un año en esta nueva España, fue llamado para España, y muchos años anduvo en pleyto.²⁰

Las dificultades llegaron a tal punto, que varios franciscanos fueron acusados por un hermano de su orden de fraguar un plan para arrancar a los españoles el gobierno de la nueva colonia, y entre ellos, se involucró a fray Francisco Jiménez, fray Pedro de Gante y fray Toribio Motolinía.

No es más del dicho de un fray Juan de Paredes, franciscano, el cual depone que gobernando el tesorero, los frailes franciscanos platicaron de se alzar con la tierra, concluyendo que para un día señalado convocarían los caciques de la tierra y les darían la hora en que estando en la iglesia de México todos los españoles juntos en día festivo, debían entrar a matar al gobernador, oficiales, y prender a los demás y enviarlos a Castilla. Que ellos así quedarían mas libres para la conversión; que después no consintiesen entrar a ningún español en la tierra, pero se ofreciesen a reconocer a su majestad por soberano y envialle, si ahora son 100 000 pesos, 200 000.

¹⁹ Gerónimo de Mendieta, *op. cit.*, p. 314.

²⁰ Atanasio López, *op. cit.*, p. 66.

Que se admitiría comercio en Castilla, pero que los que en las naos viniesen no hiciesen sino llegar al puerto, contratar y volverse. El principal a que se atribuye es fray Luis de Fuensalida, custodio de la provincia del Santo Evangelio, e guardián fray Francisco Jiménez, guardián, y fray Pedro que muestra los muchachos, o fray Toribio que venía de Tezcucó con otros huéspedes. Que este testigo se halló presente a todo.²¹

Esta versión de los hechos queda muy disminuida si se toma en cuenta que los miembros de la Primera Audiencia, con Nuño de Guzmán a la cabeza, se esforzaron en disminuir a toda costa la incómoda influencia de la orden franciscana. La cita anterior acaba dando una visión más equilibrada del caso, atendiendo a las circunstancias en que fray Juan Paredes tuvo que testificar:

Se inserta una carta deste fray Paredes, escrita desde Pánuco al custodio del Santo Evangelio, do increpa que le tuvo encarcelado y le hizo confesar que se había hechado con varias indias, dándole tormentos, que a una india le hizo confesar lo mismo atándola a un árbol y mandándola azotar; que él envió con grillos a Castilla con un traidor que le apaleó en el camino; que él se queja de las fuerzas que le hicieron obligándole a confesar falsedades con tormentos y promesas; que él dirá de sus pláticas de alzarse con la tierra, dirá como tienen cepos y cárceles ahorcan y azotan a los indios (esta carta reconoce fray Paredes a quienes hicieron los oidores venir de Pánuco de do la escribe. Parece ser este pícaro fraile sobornado por Nuño de Guzmán para desacreditar a sus hermanos).²²

Como colofón de aquellos difíciles tiempos, asienta Mendieta varios años más tarde, que entre los españoles no hubo para con los indios otra cosa que malas pasiones y codicia, imagen que radicaliza al grado de llamarle sierpe de dos cabezas.²³

Pocos años antes de estos penosos acontecimientos, tenemos a fray Francisco firmando en 1526, junto con otros frailes de las órdenes dominica y franciscana, un parecer en contra de la esclavización de los indios.²⁴ Puede afirmarse que, en los varios documentos colectivos en los se sabe participó este franciscano, existe una constante: su adhesión

²¹ Información contra ciertos frailes franciscanos, México, 23 de agosto de 1529, en Joaquín García Icazbalceta, *Don fray Juan de Zumárraga primer obispo y arzobispo de México*, México, Porrúa, 1988, t. II, apéndice documental, p. 167-168.

²² *Ibid.*, p. 168.

²³ Gerónimo de Mendieta, *op. cit.*, p. 317.

²⁴ Firman la carta, fechada el 1 de septiembre de 1526, fray Martín de Valencia, fray Toribio Motolinía, fray Martín de la Coruña, fray Luis de Fuensalida, fray Francisco de Soto. Lino Gómez Canedo, *op. cit.*, p. 93.

natural a lo que modernamente se ha llamado —según se señaló líneas atrás— la “política indigenista” de los franciscanos.

Dentro de las primeras acciones que la Segunda Audiencia realizó al llegar a Nueva España, en vías de formalizar un juicio de residencia a Nuño de Guzmán, estuvo el encargar una información para determinar si la conquista de Jalisco llevada a cabo por este personaje de siniestra memoria, debía continuar o suspenderse.

Como era costumbre entonces, fue pedido su parecer a los principales religiosos activos en aquel momento, y declararon Julián Garcés, obispo de Tlaxcala, dos dominicos y los franciscanos Juan de Zumárraga —obispo electo de México—, Martín de Valencia, Francisco de Soto y Francisco Jiménez.²⁵

Todos los religiosos franciscanos que participaron en la información convinieron en afirmar que la guerra debía llevarse a cabo, bajo las premisas del engrandecimiento de la religión en que redundaría el cese de las idolatrías en las regiones ganadas y con ello, el aumento del dominio del emperador.

Otro punto de coincidencia fue su oposición para que la expedición continuara capitaneada por Nuño de Guzmán. Fray Francisco de Soto expresó: “Si por el contrario, la guerra se hace para robar a los indios y hacerlos esclavos, le parece tiranía y abominación”.²⁶

Jiménez, igual que Valencia, no consideraba lícita la guerra que Nuño de Guzmán había desencadenado contra los indios de la Nueva Galicia, pues con todo y que Guzmán era el presidente de la Primera Audiencia, no disfrutaba de la licencia pertinente para llevarla a cabo, “según dizque le fue pedido o dicho e no la mostró”.²⁷ En otro punto, Jiménez argumentó que dicha guerra no debía realizarse pues se corría el riesgo de dejar desguarnecidas las tierras ya ganadas. Lino Gómez Canedo considera que la postura de los franciscanos, ante la guerra de 1531, es típica de la posición de esta orden frente a la cuestión de cuándo es justa una guerra de conquista.²⁸

En el mismo año de la información anterior, pero en 27 de marzo, Jiménez participó en otra carta colectiva destinada a defender a su orden de los cargos en los que los involucraron los miembros de la Primera Audiencia, en medio de los juicios de residencia a que los miembros de la Segunda Audiencia sometieron a sus antecesores.²⁹

²⁵ El documento está fechado en 1531. *Ibid.*, p. 72.

²⁶ Lino Gómez Canedo, *op. cit.*, p. 73.

²⁷ *Idem.*

²⁸ *Idem.*

²⁹ Carta de los padres fray Juan de Zumárraga, fray Martín de Valencia, fray Luis de Fuensalida, fray Antonio de Ortiz, fray Antonio de Maldonado y fray Francisco Jiménez,

“Hasta aquí a blanca [escriben] se han comprado y vendido los testigos; no queremos ser tenidos por sanctos trabajos no fuesen ennegrecidos, porque no se diese desmán al gran bien que se hace.”³⁰

Toda acusación, por grave que fuese, no llevó a los franciscanos a pensar que los problemas de las provincias recién ganadas no tuvieran solución, aun el que concernía a los negocios temporales de los españoles.

Ilustres y magníficos señores [refiriéndose a los miembros de la Segunda Audiencia]: El negocio de esta tierra es tan temporal y espiritual, que lo que uno buscan y lo otro no desechan pueden todos ser satisfechos, contentar y satisfacer a sus deseos; así que en el saco de esta tierra caben honra y provecho; honra de la gloria e Dios, y provecho espiritual y temporal de los que lo desean.³¹

Según esta carta, la tierra de la nueva colonia era tan buena que merecía ser poblada, pero a los frailes parece que desde su conquista, a sus habitantes se les ha puesto en un “cuchillo más cruel que en el tiempo de su infidelidad”.³²

La solución a lo temporal que involucra a conquistadores y colonizadores españoles, continúan los frailes, no residía en que se cobrasen a los indios altos tributos y todos sus pueblos fueran repartidos, como pretendían “los altivos pensamientos de algunos”. Todo residiría en fomentar algunas actividades productivas entre españoles:

Ya se cría seda, y habrá mucha; ya tenemos árboles frutales, ya algunos dan fruto, como almendros y duraznos y melocotones y albaricoques [...]; pero todavía deseamos que SM mandase que todo navío trujese alguno, como olivas y otros plantones. Ovejas merinas no hay, pero ya todos los otros ganados. Con estos pueblos y con su ejemplo, porque estos todos son y han de ser labradores, oficiales, granjeros y cultivantes de tierra, los naturales se enseñarían y harían lo mesmo [...].³³

Según los frailes, la semilla del cristianismo ya daba entre los indios sus primeros frutos, y si su majestad favoreciera esta labor, los frailes escribirían loores y gracias en vez de quejas. “No se tome a pesadumbre

en la que se defienden de ciertos cargos que se les había hecho, dando al mismo tiempo curiosa noticia de las condiciones físicas y morales de los naturales de Nueva España y de lo que debía hacerse para repoblar aquella tierra y hacerla productiva, en Joaquín García Icazbalceta, *op. cit.*, t. II, p. 264-271.

³⁰ *Ibid.*, p. 266.

³¹ *Ibid.*, p. 264-265.

³² *Ibid.*, p. 265.

³³ *Ibid.*, p. 269.

escritura tan larga [concluyen], que con el alegría y deseo de más bien hemos dicho más de lo que al principio pensábamos. El Señor que lo comenzó dé fin a tanto bien, y a vuestras señorías dé gloria eterna.”³⁴

El proyecto imperial, sin embargo, se plegó a otros intereses, y a este de poblar la colonia con hombres y actividades productivas pronto lo guardó el tiempo.

El 17 de noviembre de 1532, Jiménez participó en otra carta colectiva al emperador, firmada desde el pueblo de Cuauhtitlán.³⁵ Este documento resulta un informe de las primeras actividades de los franciscanos en Nueva España: cómo derribaron ídolos y levantaron cruces y templos; cómo “sin escrúpulos”, pueden afirmar que cada uno de los Doce bautizó a más de cien mil indígenas; cómo trabajaron en la educación de los niños hijos de caciques y principales; cómo Zumárraga, en su calidad de obispo electo, tomó el papel de capitán de la conquista espiritual defendiendo a las ovejas de los lobos y finalmente, cómo la Primera Audiencia lanzó graves acusaciones contra los franciscanos, llegando al grado de publicar libelos infamatorios y hasta atreverse a tirar a un fraile del púlpito. En fin, cómo los religiosos se presentaron ante el mundo indígena como la curación de las heridas de la conquista.

Para 1533 fray Juan de Zumárraga menciona a Jiménez en una misiva al emperador fechada desde Valladolid.³⁶ En el entorno del conflicto entre el obispo y las autoridades de la Primera Audiencia, refiere cómo fray Francisco, guardián del monasterio de Huejotzingo, había visto los maltratos que el licenciado Matienzo infringía a los indios, de manera que por los extremos trabajos habían enterrado en su convento más de cincuenta indios. Cabría hacer un paréntesis para hablar algo en torno a la relación de Jiménez y fray Juan de Zumárraga, la cual puede establecerse a partir de escuetas referencias. Como se mencionó anteriormente, fray Francisco estudió derecho canónico y sus conocimientos debieron aplicarse a la práctica de la evangelización. Temas como el de la compulsión a los indios para apartarlos de sus antiguas prácticas religiosas, el matrimonio, la selección de los jóvenes

³⁴ *Ibid.*, p. 271.

³⁵ Además, suscriben la carta fray Martín de Valencia, fray Ildefonso de Herrera, fray Martín de Jesús, fray Juan de Padilla, fray Antonio de Ciudad Rodrigo, fray Toribio Motolinía, fray Alfonso de Guadalupe, fray Francisco del Álamo y fray Arnaldus Bazatzio. Toribio de Motolinía, *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, editado por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971 (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias 2), p. 438-443.

³⁶ Carta de fray Juan de Zumárraga al emperador, Valladolid, 1533, en Mariano Cuevas, *Documentos inéditos del siglo XVI para la historia de México*, México, Porrúa, 1975, p. 29.

nobles para aleccionarlos en escuelas, debieron ser objeto de reuniones para atacar desde un frente común. Parte de las opiniones de Jiménez fueron tomadas por Zumárraga, quien las incorporó a las Instrucciones dadas a fray Juan de Oseguera y fray Cristóbal de Almazán, nombrados procuradores de la Iglesia al concilio universal.³⁷

En el mismo año de 1533, Jiménez formó parte de una misión encabezada por su custodio, fray Martín de Valencia, con el fin de emprender la evangelización de regiones asiáticas. El 18 de enero de 1533, en Tehuantepec, Jiménez firmó otra carta colectiva.³⁸ La epístola tiene la misma tónica de la que antes suscribieron casi los mismos participantes en Cuauhtitlán, al grado que buena parte de su contenido se repite, cambiando la redacción y añadiéndose algunas noticias, como el que se envió a fray Antonio de la Cruz ante el emperador.

Ya desde el convento franciscano de la ciudad de México, en calidad de guardián de una casa no especificada, Jiménez volvió a participar en otra carta fechada el 31 de julio de 1533.³⁹ En esta carta, los franciscanos brindan el desolador panorama con que ellos veían el desarrollo de la conquista y colonización de Guatemala, y se vuelve a tocar la sensible fibra de la “guerra justa”, al hablar de cómo los españoles hacían a los indios de esas regiones presa de la esclavitud. “La feria anda ya tan entendida que a dos pesos vale cada alma: ansí se venden los esclavos. De una cosa se podrá alabar vuestra magestad, que tiene renta del máspreciado oro que hay en el mundo porque lo otro es oro de tierra y lo vuestro es oro de almas.”⁴⁰

Otro punto digno de resaltarse en el argumento de esta misiva es cómo establecen la filiación de su obra con la emprendida por el cristianismo de los primeros tiempos:

[Sin el ejemplo de Jesucristo, escriben] muchas veces estos capellanes e siervos de nuestra magestad obiéramos desamparado esta nueva iglesia

³⁷ Instrucción dada por fray Juan de Zumárraga, obispo de México, a fray Juan de Oseguera y fray Cristóbal de Almazán como procuradores del concilio universal, en Mariano Cuevas, *op. cit.*, p. 492-494.

³⁸ Carta colectiva de los franciscanos de México al emperador en Toribio de Motolinía, *op. cit.*, p. 443-449. Suscriben también la carta fray Martín de Valencia, fray Martín de Jesús, fray Ildefonso de Herrera, fray Juan de Padilla, fray Antonio de Ciudad Rodrigo, fray Toribio Motolinía, fray Alfonso de Guadalupe, fray Francisco del Álamo.

³⁹ Carta colectiva de los franciscanos de México al emperador en Toribio de Motolinía, *op. cit.*, p. 449-451. En esta carta participaron además fray Jacobo de Testera, fray Antonio de Ciudad Rodrigo, fray García Cisneros, fray Arnaldus Bazatzio, fray Alfonso de Guadalupe, fray Cristóbal de Zamora, fray Alonso de Herrera, fray Andrés de Olmos, fray Gaspar de Burguillos y fray Toribio Motolinía.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 449.

e tan grande, que Dios con tan manifiesto y exesivo milagro os encomendó, según las persecuciones, estorbos y angustias se han padecido por su defensión y amparo; pero considerando que tanto más las obras se juzgan por Dios cuanto más son contradichas y estorbadas porque la iglesia con su santísima muerte se plantó con la sangre e persecuciones de los Apóstoles e sustento, con los tormentos de los mártires se defendió e con el trabajo e doctrina e perseverancia se multiplicó hasta el estado en que agora está [...].⁴¹

Para 1536, se tiene noticia de que fray Francisco declaró en el juicio de residencia a don Vasco de Quiroga, junto con otros frailes franciscanos entre los que se contaban fray Luis de Fuensalida, fray Antonio de Ciudad Rodrigo, fray Francisco de Soto y fray García Cisneros. Todos hablaron a favor del enjuiciado, elogiando su labor en los hospitales que había fundado en terrenos del pueblo de Santa Fe. Según Lino Gómez Canedo, varios de estos franciscanos habían colaborado, de una forma u otra, en la gran obra educativa y caritativa del ilustre don Vasco.⁴²

Fray Francisco debió tener un espíritu afable y místico. Las crónicas lo recuerdan como un “varón de gran sinceridad y humildad”;⁴³ *delictus Deo et hominibus*: amigo de Dios y los hombres, ensimismado a tal grado en las cosas divinas que no falta biografía que lo describa en la siguiente forma:

Andaba tan embebido y absorto en Dios que tenía necesidad de compañero que le hiciese de comer y mudar la ropa. Muchas veces le preguntaban si había comido y no se acordaba dello. Y esto no por falta de memoria y entendimiento, más por andar siempre en continua oración mental, tratando de Dios, extático y fuera de sí, como enagenado de sus potencias y sentidos.⁴⁴

Otra anécdota muy gustada y cuya presencia no olvidan señalar los cronistas, refiere que estando enfermo Juan de la Garrobillas en el convento de Cuernavaca, Jiménez convino en llevarlo a la enfermería del convento grande de México. En el camino tuvieron a bien descansar cuando “se soltó el caballo [donde viajaba el enfermo] y huyó por lo más alto de la sierra. Y para buscarlo y preguntar por él, ninguno de los dos se acordó de qué color era. Tanto era su pensamiento en Dios

⁴¹ *Idem.*

⁴² Lino Gómez Canedo, *op. cit.*, p. 107.

⁴³ Pedro de Oroz, Gerónimo de Mendieta y Francisco Suárez, *op. cit.*, p. 90.

⁴⁴ *Idem.*

[concluye Mendieta], que aun de las cosas que traían entre manos no se acordaban”.⁴⁵

Por estas razones fray Francisco debió disfrutar de mucha autoridad dentro y fuera de su orden. Mendieta agrega que Jiménez “predicó mucho á los españoles e indios, y de todos era generalmente amado, en especial de los religiosos que en esta Nueva España entonces comenzaron a venir a entender en el ministerio de los indios, que fueron los dominicos y agustinos, con quien siempre trataba”.⁴⁶

Entre los cargos que sabemos desempeñó para la provincia del Santo Evangelio, se cuentan los de guardián del convento de Cuernavaca⁴⁷ y comisario general de la orden.⁴⁸ Además, “fue electo Obispo de Quauhtemala el primero por Cedula del Emperador, otros dicen de Tabasco, de Yucatán, y es que entonces era todo en uno”.⁴⁹

Este último cargo no lo aceptó, seguramente por preferir su labor como evangelizador a las tareas propias de un prelado, pero nada sabemos respecto a la información proporcionada por Agustín de Vetancur, quien señala en su biografía sobre Jiménez que “El Maestro Gil Gonzáles dice que fue primero obispo de Huaxaca por cédula de 14 de mayo, año de 1534”,⁵⁰ siendo que tal vez este cronista confunde a nuestro Jiménez con un homónimo posterior.

Finalmente, fray Francisco murió de una enfermedad no especificada, en el convento de san Francisco de México, el día 31 de julio de 1537, según lo registra fray Agustín de Vetancur.⁵¹

Algunas noticias sobre la Vida de fray Martín de Valencia escrita por fray Francisco Jiménez

La *Vida de fray Martín de Valencia escrita por su compañero fray Francisco Jiménez* conduce, de manera similar tal y como sucedió con su autor, a muchas incógnitas difíciles de resolver sin el apoyo de noticias documentales distintas a las hoy conocidas.

Por mucho tiempo, ninguna versión original de este manuscrito de Jiménez fue conocida. Se sabía de su existencia gracias a otros cro-

⁴⁵ Gerónimo de Mendieta, *op. cit.*, p. 625.

⁴⁶ *Ibid.*, 626.

⁴⁷ Pedro de Oroz, Gerónimo de Mendieta y Francisco Suárez, *op. cit.*, p. 90.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 124-125.

⁴⁹ Agustín de Betancourt, *Menologio franciscano de los varones más señalados, que con sus vidas exemplares, perfeccion religiosa, ciencia, predicacion Evangelica, en su vida, y muerte ilustraron la provincia del Santo Evangelio de México*, México, Porrúa, 1971, p. 81.

⁵⁰ *Idem.*

⁵¹ *Idem.*

nistas que utilizaron algo de lo recogido en sus páginas, para escribir dentro de sus obras la vida del célebre fray Martín. De tal suerte, la *Vida...* de Jiménez se dio por perdida.

En el siglo pasado Joaquín García Icazbalceta, historiador ampliamente preocupado en cuestiones franciscanas y especialmente en lo relacionado a la vida y obra de Jerónimo de Mendieta, daba noticia de que la obra de Jiménez “se ha perdido hace mucho tiempo”. Su interés por el manuscrito de fray Francisco consistió en rastrear una más de las fuentes de Mendieta para la *Historia eclesiástica indiana*. Así, recordando lo señalado por fray Luis Gonzaga respecto a la pérdida de casi todos los ejemplares del trabajo de Jiménez, concluye al respecto: “En todo caso, no puedo servir a nuestro Mendieta sino para ese asunto en especial; siendo de notar que lo mismo que escribe en su historia se encuentra, poco más o menos, en la del P. Motolinía. Acaso ambos bebieron en la misma fuente, que sería el escrito de fray Francisco Jiménez”.⁵²

Junto con esa reconstrucción de los hilos de la obra de Jiménez, nada más se conocía de ella salvo escuetas referencias en distintas crónicas franciscanas, donde se asienta su autoría. Como ejemplo, a continuación se transcribe una referencia de la *Relación de la descripción de la provincia del Santo Evangelio...*, obra fechada en 1585: “escribió [fray Francisco Jiménez] con mucha curiosidad y concierto de vida de santo fray Martín de Valencia, tres años después de su muerte, la cual por descuido de algunos se perdió; sólo un cuaderno della se halló [...]”.⁵³

Como de lo anterior se colige, hacia el año de 1585 la *Vida...* escrita por Jiménez estuvo a un paso de perderse, y al parecer así continuó durante mucho tiempo después. A fines del siglo XVII, Agustín de Ventancur recoge la noticia de que solamente dos cuadernos quedaban de dicho manuscrito.⁵⁴

Por fortuna, y gracias a los empeños del historiador franciscano Atanasio López, una copia del trabajo de Jiménez fue descubierta en 1926 en los fondos bajo la custodia de la Biblioteca Provincial de Toledo. El mismo año, López publicó la noticia del afortunado hallazgo junto con una descripción del manuscrito en la revista *Archivo Ibero-americano*.⁵⁵

⁵² Gerónimo de Mendieta, *op. cit.*, p. XXVII.

⁵³ Pedro de Oroz, Gerónimo de Mendieta y Francisco Suárez, *op. cit.*, p. 95. Las cursivas son mías.

⁵⁴ Agustín de Betancourt, *op. cit.*, p. 91. Las cursivas son mías.

⁵⁵ Atanasio López, “Descripción de los manuscritos existentes en la Biblioteca Provincial de Toledo”, *Archivo Ibero-Americano, revista de estudios históricos*, Madrid, año XIII, enero-junio de 1926, p. 49-105.

Por medio de este artículo, se sabe que el manuscrito custodiado en la biblioteca toledana con el número 49, estante 8-2, lo constituye un códice en papel foliado del número 124 al 138 a línea tirada que mide 31.5 × 21 cm. Su letra es del siglo XVI y lleva como encabezado *Jesus María Franciscus. Vitas fratris Martinis de Valençia*.

Tiempo después, en el siguiente número de la misma revista, López publicó una versión íntegra del documento encontrado, gracias a lo cual, aunque incompleta en su parte final, puede estudiarse dicha obra de Jiménez.⁵⁶

La *Vida* de fray Martín de Valencia escrita por su compañero fray Francisco Jiménez es un manuscrito relativamente corto, que no debió exceder con mucho las quince fojas arriba descritas. Es posible asegurar esto, basándose en el hecho de que las vidas de Valencia consignadas en otras crónicas —como en el caso de Mendieta o Motolinía—, concluyen no muy lejos de donde acaba el manuscrito de Toledo. “Como se ha visto —comenta Atanasio López— el manuscrito de Toledo que contiene la *Vida* de fray Martín de Valencia, escrita por Francisco Jiménez, está incompleto; pero quizá no falte más que lo referente a la muerte del siervo de Dios”.⁵⁷

La estructura y el contenido del manuscrito

Gracias a la versión del manuscrito de Jiménez que se reprodujo en la revista *Archivo Iberoamericano*, se puede observar que su autor compuso su obra de corrido, sin división de capítulos, salvo la excepción de un encabezado que señala donde propiamente “comiença la vida” de Valencia.

Antecede a este encabezado una parte del manuscrito que bien puede corresponder al título puesto por Atanasio López: *Prólogo*. En él quedan registrados por Jiménez dos asuntos básicos para la composición general: el sentido y motivaciones por las que escribió la *Vida*, y las limitaciones que enfrenta quien se dedica al género biográfico dentro del catolicismo, comprendidas éstas bajo lo que los hagiógrafos denominan *protesta*.

El asunto principal, que tratará Jiménez, es guardar la *perpetua memoria* de Valencia como naturalmente puede deducirse del título de su obra. Escribe Jiménez:

⁵⁶ Atanasio López, “Vida de fray Martín de Valencia escrita por su compañero fray Francisco Jiménez”, *op. cit.*

⁵⁷ *Ibid.*, p. 81.

Hermanos, e así con vosotros pareçeres, y dezimelo mi espiritu, me pareçe que no me mueve amor propio ni gloria humana, ni que en ello se pierde tiempo, sino que Dios y sant Francisco así lo quieren, y que es servicio de Dios, dello redundará provecho de las animas, así a los religiosos y seglares espáñoles y naturales desta tierra como a los demás de nuestra vieja Apagna; *immo* se me rrepresenta que *forte* offendería en no poner por memoria, mayormente lo que solo yo sé en este caso.⁵⁸

En el párrafo anterior, Jiménez trasluce varias ideas cuya presencia hará constantes a lo largo de la *Vida...* de Valencia. La primera será que la Providencia es el gran movil del acontecer humano, idea ineludible a todo escritor de su tiempo, aquí expresada bajo los términos de que el redactar esta obra es algo querido por Dios y el santo fundador de su orden.

A continuación presenta el “público” a quien dirige sus palabras. En él comprende a prácticamente toda la sociedad del viejo y nuevo mundo, pues considera que aquello que sabe, redundará en provecho de sus ánimas, punto de gran importancia, pues en torno a esta consideración es como Jiménez hilvana su obra:

a todos juntos y a cada uno rruego, por rreverencia de Dios, que quedando a sus manos viniere lo aquí escripto, no lo divulgue ni publique manifestándolo o ponderándolo más o menos, más de leerlo, rrumiándolo, alabe al Señor, si algo hallare para su aprovechamiento y luz de su alma, hasta que si la voluntad de nuestro Señor fuere necessario publicarse a gloria y honra suya.⁵⁹

Según se dijo, se sabe que Jiménez fue considerado muy docto en derecho canónico. Al escribir una *vida*, cabe suponer que conocía muy bien las limitaciones impuestas por parte de la Santa Sede a quienes escribieran *vidas*, lo mismo que los problemas que debía evitar para entregar una imagen de su “personaje-tema” lo más próxima al ideal y modelo de santidad que quería proyectar. De esta forma, incluye en la parte que antecede a su tema principal, junto con una preocupación muy marcada porque lo que escriba sirva a la salud espiritual de quien la leyere, una protesta.

Y otra vez protesto se lea *sub silentio*; y si alguno de los dudosos tomare çertidumbre de lo no aprobado aprovaçión, abíssole que no pretenda çgnorancia, y sepa la determinaçión del summo pontífice y su decreto en

⁵⁸ *Ibid.*, p. 51.

⁵⁹ *Idem.*

que pone sentencia de excomunion contra los que predicán por ciertas y verdaderas las revelaciones, o que dizen prophecías que no son aprovadas por la yglesia, y acuérdase de lo que dice sant Agustín que muchos honrra la yglesia y tiene en veneración que estan en el ynfierno. Esto es verdad, y haze mucho a nuestro propósito, de aquellos que no son canonizados por la yglesia rromana que es regida por el Espíritu Santo, y no puede herrar, según Dios dixo a Sant Pedro: *Yo rogaré por ti para que no desfallezca y falte tu fee.* Y entiende S. Agustín por yglesia los vulgares y gente común que tienen por sanctos los que conocieron en su vida hazer vida religiosa y santa, a su parecer, exteriormente. Con aqueste abiso y protestaçión, pues, aunque siempre con temor començaré a escrevir simplemente lo que supiere de su vida del sobre dicho varón y siervo de Dios Fr. Martín de Valencia, primer custodio y prelado nuestro digníssimo es esta nueva Spaña, cuya fama de santidad suena en todo el mundo.⁶⁰

Debe señalarse que una protesta conlleva una lógica basada en la autoridad infalible de la Santa Sede, cuyas resoluciones marcaron en un momento determinado, una clara división en la afición “popular” por llevar a los altares a toda persona cuya vida *parecía* digna de tan alto honor. Fray Francisco Jiménez, en el que agrega:

Algunas cossas quisiera poner aquí por presupuesto, que vendrá a propósito después que llegaremos a dezir de lo que aconteçió después de su muerte; por eso las dexo para allí, y en nessesario verse y notarlo así para la conversión destes naturales como para la conformación de todo lo que escriviere y argumento de la credulidad de la santidad del varón de Dios. Y digo argumento, dexando por juez verdadero al Señor que nos á de juzgar, y ante quien patentemente se sabrá la verdad toda. Y dexando asimismo la determinación a su Santa yglesia por Él y por el Spíritu Santo rregida, y someténdome a sus pies, y al parecer de mejor juicio, y a la correption y enmienda de cualquier que mejor sintiere, aunque sea niño de un año.⁶¹

Queda explícito que Jiménez no escribió la vida de Valencia para honrar sus hechos y su santidad sino antes bien, para buscar la “honra de Dios y la salud de las ánimas”. Sin embargo, no puede saberse con precisión cuáles fueron los motivos más íntimos que lo impulsaron a escribir dicha *Vida...* Fray Francisco no era cronista de la provincia, cargo que aparecería sólo hasta años más tarde, ni tampoco se trasluce en el prólogo o el resto de los quince folios que nos han llegado, el que su prelado superior (que para entonces era fray García Cisneros)

⁶⁰ *Ibid.*, p. 52-53.

⁶¹ *Ibid.*, p. 52.

le hubiese confiado su redacción. La iniciativa más bien debió nacer del mismo Jiménez, y al parecer, las quince fojas, más otras cuantas perdidas, no debieron costar ningún sacrificio a quien la tradición tiene como un muy familiar de Valencia.

Por otro lado, cabe recordar que apenas el año anterior a la composición de la *Vida...* de Valencia, o sea en 1535, la custodia del Santo Evangelio fue elevada a provincia por el capítulo general de Niza. La memoria del fundador debía preservarse.

La copia que ha quedado del manuscrito sobre la *Vida* de Valencia no muestra, luego de lo que Atanasio López ha denominado “prólogo”, ninguna división. El editor moderno señala en una nota a pie de página: “el manuscrito va todo seguido, sin división de capítulos. A fin de que la lectura resulte menos pesada, dividimos la *Vida* en varios capítulos, indicándolos con paréntesis cuadrados”.⁶²

En total, la división por capítulos hecha por López a esta obra suma un total de doce. Algunas de estas divisiones resultan largas si se comparan con otras, y si bien cumplen la función de aligerar la lectura, uno de los propósitos de López, no dan cuenta de la manera como Jiménez pudo conceptualizar la composición de su obra.

En general, la biografía puede concebirse como un discurso lineal donde la composición se pliega al discurrir de la vida del biografiado. Nacer, vivir y morir marcan un posible hilo conductor para quien se dedica a tal género; enfatizándose más o menos determinados pasajes de la vida de quien se trate, según la intención que el biógrafo desee imprimir.

En un sentido general, tal es la forma como Jiménez resuelve su obra, y comienza propiamente con la vida de Valencia, diciendo que ignora los hechos de “su tierna edad y adolescencia”.

Hasta ahora no é sabido ni ay posibilidad, aunque la quisiese ynquirir [escribe Jiménez], porque en España a donde fue su naturaleza, que fue natural de Valencia de Don Juan en Tierra de Campos, no lejos de Benavente, donde ni soy natural ni estuve en ella, ni tengo conocimiento de sus deudos ni tengo conocimiento de sus deudos ni personas que en aquella ciudad le conversaron.⁶³

Como puede intuirse de lo anterior, a lo largo de su texto Jiménez maneja con cuidado las fuentes de que se valió citándolas cuando se ofrece, o bien cuando la memoria no le traiciona.

⁶² *Ibid.*, p. 50.

⁶³ *Ibid.*, p. 53.

Estos textos, que a la luz de un pensamiento más contemporáneo pueden parecer figuraciones fantásticas, en la hagiografía tienen un sentido de autoridad que rige con cuidado lo escrito, aproximando al lector, mediante la presencia de testigos de milagros o pasajes considerados importantes, a la verdad que ilumina, o debe iluminar, la comunión del otro mundo —sea divino o satánico— con el mundo de lo terreno.

Así desfilan por las páginas de Jiménez fray Juan Blanco, quien vio a Valencia extático en cruz y levitando.⁶⁴ Fray García, quien contó a Jiménez cuando Valencia visitó a la Beata del Barco, mujer que gozaba de mucha fama de sierva de Dios, para comunicarle su deseo de pasar entre infieles a fin de evangelizarlos.⁶⁵ Fray Francisco de Avellaneda, quien confirmó a Jiménez cierta noticia de “tibiaza” en el espíritu de Valencia, o contara otro pasaje harto significativo de la vida de su superior según el cual, cuando Valencia tuvo que regresar a su pueblo natal, al entrar al pueblo se hizo llevar por un religioso compañero suyo atado por el cuello, desnudo de hábito y en paños menores; sobra decir la reacción de burla y motes de falta de juicio o loco que logró Valencia para su persona, en un acto por “alcanzar la humildad y huir el loor humano”, y de imitar el pasaje donde san Francisco devuelve a su padre los vestidos que significaban la renuncia a su vida anterior.⁶⁶

Las fuentes discurren junto con los recuerdos de Jiménez, logrando una obra homogénea sólo en un sentido: brindar la vida de un hombre altamente espiritual.

La división en doce capítulos no logra señalar tal propósito. A continuación, veamos la secuencia de la obra de Jiménez, comparando la división citada, con los pasajes que contiene.

El capítulo I narra el ingreso a la orden de Valencia, su relación con fray Juan de Guadalupe y sus trabajos por la formación y consolidación de la provincia de San Gabriel.

El capítulo II consigna cómo Valencia quiso pasar con los cartujos, y la forma como Jiménez lo conoció en el convento de Salamanca. Seguido, continúa con una serie de pasajes donde se resaltan las enseñanzas y penitencia con que Valencia edificaba a los frailes de los conventos que visitaba.

El capítulo III se liga con el anterior, pues en él se narran otros sucesos de la vida de Valencia presenciados por Jiménez, una vez que éste se incorporó a la provincia de San Gabriel, instalándose en el convento de Nuestra Señora del Hoyo.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 55.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 57.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 62.

El capítulo IV narra como se formó en Valencia el deseo de evangelizar infieles y como visitó a la Beata del Barco para saber si el resultado de su visión había de ser evangelizar a los moros.

El capítulo V, muy corto, narra principalmente dos pasajes de la vida de Valencia: como llegada la Pascua le venía la necesidad de guardar ayuno, y el pasaje cuando casi desnudo regresó a su pueblo natal.

El capítulo VI comienza con una digresión de Jiménez sobre el arrobo y la mística, y acaba describiendo algunos éxtasis de Valencia acaecidos en el monasterio de Belvis.

En el capítulo VII Jiménez narra cómo, tras el capítulo de Belvis de 1523, se elige a Valencia para pasar a evangelizar a Nueva España, el viaje de los Doce, su arribo y los primeros trabajos de evangelización.

En el capítulo VIII se cuentan las dificultades que tuvieron los franciscanos con los colonos y encomenderos novohispanos, y cómo Valencia tuvo que hacer uso de toda la jurisdicción eclesiástica concedida a ellos mediante bulas papales. Forman parte del mismo capítulo, otros pasajes de donde se conocen algunas actitudes de Valencia como autoridad y evangelizador, y los problemas planteados en el trabajo de evangelización. Para solucionarlos, los franciscanos aplicaron las contradicciones del *Compelle eos intrare*, según una de las cuales se requiere temor y castigo para que los naturales entiendan la letra del Evangelio, y la otra de que debían evangelizarlos según los primeros apóstoles, en paz y con el ejemplo.

El capítulo IX inicia con otra digresión de Jiménez, esta vez sobre las visiones, su validez y significado, y se continúa en los capítulos X y XI donde se cuentan algunas visiones tenidas en sueños por Valencia.

Finalmente el capítulo XII se interrumpe, no sin antes brindar algún detalle del viaje de Valencia a Tehuantepec, por el año de 1533 y en el que Jiménez mismo participó.

A grandes rasgos, en mi opinión, la *Vida...* de Valencia quedaría estructurada en cuatro apartados. La primera parte comprendería del capítulo I al III, donde Jiménez registra los perfiles espirituales de Valencia. En la segunda parte, de los capítulos IV al VI, se narran los aspectos místicos de Valencia. Del capítulo VII al VIII trataría sobre la actuación de Valencia en Nueva España, y del IX al XI sus visiones y sueños.

Si algún hilo conductor puede encontrarse en el fragmento de la obra de Jiménez, sin duda es el mostrar, más que el transcurrir de una vida, el transcurrir de una forma de ser cuya ejemplaridad inspire y anime la poco sencilla labor de los primeros evangelizadores novohispanos.

Jiménez escribe a veces con tonos de amplia preocupación, y puede decirse que casi al final de sus días, contempló con cierto pesimismo los trabajos de su Orden en Nueva España, no sólo por el escaso interés

con que la Corona resolvía las múltiples peticiones de sus misivas o los estorbos que presentaron los encomenderos y oficiales españoles, sino porque varios compañeros suyos estaban abandonando el recién ganado campo de batalla de Nueva España.

No dexaré de rreprehenderme y a todos los que somos floxos y tibios en nuestro llamamiento y cobardes en la batalla spiritual, y con temor digo, y apostolical, con la vida y exemplos deste varón de Dios. El amor de Dios y del próximo que en su pecho hervía le hizo en su vejez y última hedad pasar con esfuerço de mançebo los trabajos de tan largo mar, y así en ella como en todos los demás camynos trabajosos por la tierra como capitán esforçado y caudillo de la familia que consigo traxo, teniendo él más necesidad que todos juntos ser rrecreado y ayudado corporalmente por su hedad y enfermedades. Siempre lo sobrepujava con exemplo de abstinencia y oraçión y esfuerço de yr siempre adelante, camynando a pie descalço. En todo tiempo se rrigió y bivió en estas partes nos acusó con su humilldad, y menospreció. ¡Quánto nos amamos y quán poco nos conocemos! de que debíamos aver verguença y confusión grande los que le vimos, conocimos y tratamos [...].⁶⁷

Jiménez, se ha señalado, no olvidó remarcar el aspecto místico de Valencia, tan acusado en las distintas visiones que tuvo en momentos de éxtasis o arrobos. Con esta característica en el ánimo de Valencia—cuando Jiménez repasa algunas de las visiones que sabe tuvo su superior—, incluyó las célebres visiones donde la Iglesia que él y sus compañeros formaban se salvaría a pesar de su acusada tibieza. Es por esta razón que Valencia y aun otros religiosos, incluido el obispo electo fray Juan de Zumárraga, intentaron zarpar a otras tierras, donde los esperaba gente de mayor capacidad para recibir el Evangelio.

Una visión de Valencia se había hecho ya realidad, en tanto que él y su grupo habían contribuido a la evangelización de Nueva España. El viaje a Tehuantepec de 1533 sería la consecución de otro sueño, pero esta vez las cosas fallaron y Jiménez supo la causa:

Y aunque el varón de Dios ya entonces tenía el pensamiento de yr a otras gentes, quasi en aquesta visión le dio a entender Dios que aquí abía de permanecer, y que desconfiase yr a trabajar a otra parte, pues para estas gentes le llamó Dios, y aunque procuró después y trabajó yr en busca de otras tierras, la voluntad de Dios fue que no uviese efecto su viaje, y vino a acabar sus días entre esta gente.⁶⁸

⁶⁷ *Ibid.*, p. 52.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 72.

El motivo provincial vuelve a presentarse, esta vez, para mostrar que la tierra de Nueva España estaba necesitada de ministros que la trabajasen.

Ya que sea verdad que ay otras gentes de más capacidad que se an de convertir, como el varón de Dios dezía que ese mismo Dios tenía escogidos los que han de yr a hazer fructo y convertillas, y *no pienso en su voluntad que los que aquí envió, mayormente al principio, como fundadores de la sancta fee catholica dexen esta tierra y gente sino que aquí acaben sus días*, y es que rresisitir a la voluntad de Dios procurar dexar esto, aunque parezca que se haze por mejor yntento y zelo de las ánimas.⁶⁹

Jiménez no habla sin mostrar pruebas de lo que entiende en su lectura de la historia, y para ello ofrece algunos ejemplos, de los que se trasunta que la Providencia no desea que se abandone su viña de Nueva España:

Y a dezir esto me mueve lo que por experiencia sé de los primeros hermanos rreligiosos que an querido dexar esta tierra de los primeros doze. Dos que determinaron yrse con Narvaes ya sabemos el suceço que uvieron, que sin aprovechar nada, murieron de hambre.⁷⁰ El varón de Dios con otros compañeros que fueron hasta Teguantepeque para se embarcar e yr a buscar otras gentes, viendo nosotros sus deseos e yntención que no hera de offendelle sino cumplir su voluntad, quiso Dios alumbrallos, y en uno dellos que todavía quiso y le pareció quedarse con otros dos rreligiosos y se embarcaron no fue tampco Dios servido que fuesen, y los hecharon en tierra después de aver navegado algunos días.⁷¹ Este mismo rreligioso de los doze, que se dize fray Martín de la Coruña, procuró y determinó yr en otro viaje con el mismo yntento, y llegados a una isla padecieron mucha hambre, que no abía que comer, y con gran trabajo y neçessidad fueron compelidos a volverse a esta tierra. Otro hermano de los doze, por zelo de la rreligión, quiso pasar con otros compañeros a la Española, y llegados al puerto, ordenó Dios como no uvo efecto, y se volvieron. Uno de los dizque agora se embarcó para España con intento de yr a otros ynfeles; el suceço no sabemos la voluntad divina, y que o se estará en España, o Dios le volverá a esta tierra, porque sabe muy bien la lengua.⁷² El primero

⁶⁹ *Idem*. Las itálicas son mías.

⁷⁰ Fray Juan Juárez y fray Juan de Palos, que acompañaron a Pánfilo de Narváez a la Florida en el año de 1527.

⁷¹ Véase *Real provisión sobre descubrimientos en el mar del Sur y su respuesta de Cortés a la notificación que se le hizo de ella* publicada por Icazbalceta, en *Colección de documentos para la historia de México*, México, 1866, t. II, p. 36.

⁷² Fray Luis de Fuensalida.

provincial⁷³ que se eligió este año presente en que fue la custodia elegida en provincia, determinose que pasase a España, y aunque parece que a ello le compelfa la obediencia del papa yr al Concilio, como hera de los primeros doze, y que por ventura no volvería a esta tierra y gentes, quiso Dios llamar y llevar a su gloria.⁷⁴

Finalmente, concluye Jiménez:

y esto nuestro Dios lo sabe porque cuyos secreptos juizios son abscondidos a nosotros que lo digo no es afirmando más de conjeturándolo, que por ventura por esto lo haze y permite Dios que no quiere que nosotros a quien fue dada en suerte aquesta gente, la dexemos, y queramos buscar la que está aparejada a otros, para quien Dios la tiene escogida, y espera la ora que para ello Él tiene determinada, y que el espíritu del señor no es apresurado. Él sabe la causa porque tantos mill años á estado abscondida esta tierra sin le conoçer, y las que aún escondidad no es tarde sino muy temprano y ante de el tiempo. Hasta que llegue la ora que Dios quiere y Él busca los medios, poniendo en coraçón a los que para ello están ya escogidos por ese mismo Dios, y los que no quiere que sean para ello, aunque se disponen y aparejan, Él les pone tales estorvos e inconvenientes que les sierra la puerta y atapa los caminos que no pueden yr adelante ni hallar lo que buscan ni cumplir sus voluntades y deseos, porque no son según Dios quiere y tiene ordenado.⁷⁵

Con Valencia, Jiménez testimonió el deseo de guardar para la nueva provincia a todo aquel religioso convocado para su labor, y acusar con el ejemplo de quien consideró un guía, a los tibios en el trabajo apostólico, en una lucha por mitigar el deseo de algunos religiosos, de emigrar a otros lugares donde hubiese gente de mayor capacidad, o regresar con un cúmulo de experiencias provechosas, a los conventos de la metrópoli.

En su obra no estuvo como objetivo primario el promover una devoción a un futuro santo. Puede afirmarse que ésta es una obra más edificante que santificante, es decir, la idea de elevar a un altar la figura de su prelado está mucho más lejos que la de brindar a sus compañeros de empresa una lectura de exhortación, que contribuyera a hacerles meditar y afrontar mejor los grandes problemas de la realización de su primer proyecto para la Iglesia indiana.

⁷³ Fray García Cisneros.

⁷⁴ Atanasio López, *op. cit.*, p. 72.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 72-73.